

“DIME QUE ME QUIERES AUNQUE SEA MENTIRA”: La ficción literaria

Mariasun Landa Etxebeste

Dime que me quieres aunque sea mentira - le pidió Jonny Guitar a Joan Crawford. Y ella le contestó que le quería aunque fuera mentira. Pero, mientras mentía, le decía también algo que podía ser verdad.

Lo mismo pasa con la literatura, que contamos o leemos mentiras con placer, premeditación, y jugamos a creérmolas. No es casualidad que la obra póstuma de Montserrat Roig tomase prestada a la película Jhonny Guitar esa célebre frase porque con ello se adentraba en una sugerente reflexión sobre el hecho literario, sobre el misterioso placer que supone contar o escribir historias que no han pasado pero que podían haber ocurrido. Una necesidad tan humana como el reír, jugar o soñar. La cosa, en realidad se las trae... Cuando recomendamos la lectura como algo intrínsecamente formativo parece que el hecho de aludir a la mentira nos desagrade y sin embargo, es una de las más tradicionales formas de experimentar emociones, vivir de otra forma, una vía de autoconocimiento y formación.

Alguien puede decir o pensarlo al menos, que eso de vivir a través de los libros, es algo completamente inútil, o falso o hasta peligroso. (Y sino, que se lo pregunten a Don Quijote o a Madame Bovary). Y lo dicen como si supieran muy bien lo que significa el término vivir, con un reduccionismo confortable y pasmoso. Como mucho, piensan, leer es una forma de pasar el tiempo, en el aeropuerto, en la consulta

del callista, en el hospital... o para responder, si se es un personaje público, a la pregunta de “¿Qué está usted leyendo en estos momentos?”:

Todo el mundo reconoce a la literatura un prestigio social, pocos se plantean la pregunta fundamental: ¿Para qué sirve la literatura?

Alguien que no recuerdo respondió: para ser mejores. Suena muy bien, pero me parece más un eslogan que una respuesta real. En esto de la ficción literaria, hay que preguntarse por qué, en general, no estamos satisfechos con la vida real, o lo que llamamos real; por qué seguimos pidiendo a la literatura algo que hable de nosotros, que nos hable; por qué sentimos curiosidad, sed de conocimiento, de nosotros y del mundo que nos rodea.

Se puede leer para adquirir o aumentar los conocimientos que uno tiene. Se puede leer como



una experiencia de evasión, una forma de ocio o un pasatiempo.

En todas sus formas, leer está bien. Esa es mi opinión, al menos.

Pero muchas veces, a la lectura le pedimos más. Sobre todo si es una lectura literaria. Entonces pensamos en una actividad que tiene que ver con nosotros, con nuestra subjetividad de lectores, no con lo que sabemos sino con lo que somos. Queremos encontrar algo que nos forme, o nos deforme o nos transforme. Nos emocione, al menos.

Si leemos para adquirir conocimientos, después de la lectura sabemos algo que no sabíamos, tenemos algo que no teníamos, pero nosotros somos los mismos que antes, nada nos ha modificado. Es decir, que pocas veces nos pasa algo. Pocas cosas nos conmueven realmente, nos emocionan, nos tambalean, nos transforman.

Cuando se tiene esa experiencia literaria de dar con un libro que no nos deja indemnes, que nos habla y al que respondemos, en realidad lo que buscamos es, en palabras de C.S. Lewis, ser más de lo que somos. Ver por otros ojos, imaginar con otras imaginaciones, sentir con otros corazones. Queremos ventanas o puertas. Y está muy bien lo de aludir a puertas, porque, por ejemplo, los niños saben perfectamente que en el momento en que comienzan a contarles un cuento se aventuran por una puerta hacia un lugar fuera del espacio real y concreto donde van a experimentar emociones diversas, miedo, alegría, liberación, enfado... Y así como esta puerta de entrada tiene sus frases mágicas de acceso: *Érase una vez, Behin batean, Animaliak eta landareak hitzegiten zuten garaian... En tiempos de Mari Castaña...* también las tienen las puertas de salida de ese túnel maravilloso y envolvente que es el cuento narrado o leído: *Eta hala bazan sar dadila kalabazan eta atera dadila Errenteriako plazan, Y fueron felices y comieron perdices...*

El niño se encuentra ante algo que sabe que no es, pero le gustaría que fuera, y recordemos lo que escribió Bruno Bettelheim: para el niño no hay nada más verdadero que lo que desea.

Por otra parte, hace tiempo que sabemos que los niños, necesitan de la ficción para dominar la realidad. Y también, porque esos cuentos que contamos o leen los niños y niñas tienen, entre otras funciones, la de dar una forma narrativa a su propia vida.

Me gustaría pararme un momento en esta cuestión, porque me parece que esconde una de las razones por las que para algunos ha tenido la literatura un valor formativo en la construcción de su propia personalidad, en la percepción que tienen de su propia vida como una narración.

Cuántas veces hemos tenido que oír eso de "¡ay, si yo te contara mi vida, qué novela escribirías"! Comparar la propia vida a una novela, a una narración, es casi inevitable.

Supongo que no podemos consentir que nuestra vida sea una mera sucesión de hechos, fragmentaria, caótica, queremos otorgarle un sentido. Es un hecho que el gusto por la literatura tiene algo que ver con la percepción de nuestra vida como una narración, o que usurpamos a la narración su estructura para ordenar lo que es más caótico que el caos: la propia vida. Por eso si contamos nuestra vida o escuchamos las de los demás, en realidad escuchamos narraciones, las nuestras propias y las de los demás.

Si el sentido de lo que somos está construido narrativamente, en su construcción y en su transformación, es indudable que la ficción, la literatura narrativa, todas esas historias que escuchamos y leemos tienen un gran papel. Ya sé que ese papel no es exclusivo de la literatura, pero es indudable que el lenguaje posee el don del eco, de la repetición, de la meditación pausada, del diálogo interior, personal e intransferible que suscitan en nosotros algunas frases, algunas palabras, alguna reflexión... Un diálogo íntimo, un estímulo a la propia respuesta, una invitación a divagar, a relacionar las experiencias que nos cuentan los otros con las nuestras propias.

Es decir, *Dime que me quieres aunque sea mentira*, porque igual de tanto repetirlo se hace verdad la mentira. O mientras tanto, porque leyendo vivo más y mejor, experimento de una forma u otra el amor. Siento. Me emociono. O lo que es lo mismo, juego a creer que te creo.